

con los acentos éuskaros, y pues había hecho sentir al imperio godo, hasta los postreros momentos de éste, cuán vinculado tenía el amor á su independencia, sobra razón para suponer que en su libre asociación no obedecía sino á su jefe ó *etche-co-jauna*. Ello es que coetáneo á la elección de Pelayo suena en la historia un Pedro duque de Alava ó de Cantabria, y que el mando y la gloria de proseguir la obra comenzada pararon en la estirpe de éste con la elección que de su hijo Alfonso, casado con la hija de aquél, hicieron después de la muerte de Favila los de Asturias. Á este núcleo fortísimo, bien como amparado de la situación geográfica y de la naturaleza del terreno y compuesto de los pueblos más intrépidos y más guardadores de su independencia, se fueron acogiendo los fugitivos de las demás provincias, godos ó indígenas, cuyo número creció á medida que con las disensiones de los árabes se hizo menos llevadero su yugo y se ofreció más propicia coyuntura para sacudirlo. Esta pareció ser venida en el reinado de aquel hijo de Pedro, y entrando por la des poblada Galicia comenzó á poner por obra la restauración, cuya posibilidad había demostrado Pelayo en Covadonga hacía más de veinte años transcurridos en la inacción. Pero ni tampoco él pudo dar asiento á la monarquía verdadera, sino que á la par de los demás primeros reyes de Asturias, ha de considerarse como otro de aquellos meros caudillos predecesores del *Casto* Alfonso, á quien esa empresa estaba reservada.

También á favor de aquella coyuntura, en las restantes partes de la cordillera otros cristianos descendían de sus páramos á hacer muestra del odio que contra el invasor allí habían atesorado. Oriundos de la noble raza vascongada, los que á entrambas vertientes del Pirineo poblaban lo que hoy es alta Navarra, tampoco habían doblado la cerviz al yugo, antes pusieron en los conquistadores tal pavor, que merecieron ser por éstos llamados como los brutos feroces que sus selvas seculares guardaban. Á ellos cupo la gloria de romper las fuerzas musulmicas con el primer descalabro de más entidad que suena en nuestra

historia, venciendo en 737 al emir Abdelmelic cuando regresaba de Francia (1). El común peligro y el mismo anhelo de independencia les trajeron como á sus hermanos y vecinos á estrecharse en vínculo de alianza con el caudillo de Asturias; mas tan para admitido es que con los demás vascos gozaron de organización peculiar suya, que ya á poco tentaron desentenderse de la sumisión en que la alianza primera hubo de trocarse, y dieron ocupación á las armas de Alfonso *el Católico*. Colocados por la naturaleza en medio de la ambición de los príncipes de Asturias, de Francia y de los sarracenos, aquende y allende aparecen los vascones inconstantes y rebeldes; bien que sólo consta el nombre de algún caudillo de los del vertiente septentrional, como á las cosas de los francos no faltaron quienes con diligencia las consignasen. No es por tanto de extrañar que Carlomagno arrasase las fortificaciones de Pamplona ya cristiana, cuando su venida hasta Zaragoza, ni hay que inquirir qué pudo llevar á los indígenas á cargar sobre su retaguardia en Roncesvalles; que bastante razón ofrece su fiero espíritu de independencia y patriotismo (2). Los que acometieron tal hazaña hablaban éuskaro; y las sencillas y épicas estancias con que desde entonces sus descendientes han henchido las riscosas cañadas de una y otra frontera, bien demuestran su alcurnia sin mezcla y su odio á toda dominación extraña (3).

(1) *Crónica del Pacense* (FLÓREZ, *España Sagrada*, tomo 8, Apénd. 2, pág. 312. — CONDE, tom. 1, cap. 26.

(2) Cuando, vuelta á quebrantar la fe que á Carlomagno habían jurado, Ludovico Pío vino en 810 contra ellos, tuvo que precaverse para evitar una repetición de aquella jornada.

(3) Todo este magnífico, cuánto sencillo y vigoroso canto de aquella batalla, que en parte se conserva todavía en el Pirineo, está retratando la condición y la vida de los antiguos *Eskaldunac* con rasgos tan vivos é ingenuos, que no podemos menos de darlo á luz por tercera vez, continuándolo aquí:

«Un grito ha sonado en las montañas de los *Eskaldunac*, y en pie delante de su puerta, el *etche-co-jauna* aplicó el oído, y dijo: «Quién va? qué me quieren?», y el perro que dormía á los piés de su amo se ha levantado, y resuenan sus ladridos en torno de Altabizar.

» Un ruido retumba por el collado de Ibañeta, y va acercándose, estremeciéndose al pasar las rocas á derecha é izquierda: es el sordo murmurio de un ejército

Cual si una resistencia heroica que se pierde entre las sombras de la tradición fuese menos gloriosa que establecer una sucesión continuada de príncipes; los que han escrito de Aragón y de Navarra han falseado la historia de entrambos reinos, no atendiendo sino á presentar organizada la monarquía y arreglada la serie de sus monarcas. La cuestión de la independencia del país ha sido pospuesta á la de señalar orígenes quiméricos del estado (1); y tantos esfuerzos vanos si laudables no han servido sino de defraudar á aquel de lo que constituye su ma-

» que sube. Desde la cumbre de las montañas los nuestros le contestan: han tocado sus bocinas de asta de buey, y el etheco-jauna aguza sus flechas.

» ¡Ya vienen! ya vienen! qué bosque de lanzas! cuál ondean en el centro las banderas! cómo centellean sus armas! ¿Cuántos son? muchacho, cuéntalos bien!

» Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

» Veinte, y muchos millares aún! Perderíamos el tiempo contándolos. Unamos nuestros forzudos brazos, arranquemos de cuajo estas peñas, y de lo alto de las montañas precipitémoslas sobre sus cabezas. Aplastémoslos! ¡matémoslos!

» ¿Qué buscan en nuestras montañas esos hombres del Norte? porqué han venido á turbar nuestra paz? Si Dios hace montañas, las hace para que no las pasen los hombres. Pero las peñas bajan rodando, y aplastan las tropas; corre la sangre en arroyos, palpitan las carnes despedazadas, ¡oh! cuánto hueso hecho polvo! qué mar de sangre!

» Huíd, huíd, los que aún tenéis fuerzas y un caballo. Huye, rey Carlomagno, con tus negras plumas y tu capa roja. Allí yace tendido sin vida tu sobrino, tu más valiente, tu amado Roldán; no le valió su intrepidez. Y ahora, Eskaldunac, abandonemos las rocas, y bajemos aprisa, lanzando nuestras flechas á los que huyen.

» Helos, helos que huyen! huyen! ¿Dónde está, pues, el bosque de lanzas? ¿dónde de esas banderas, que ondeaban en el centro? Ya no centellean sus armaduras teñidas de sangre. ¿Cuántos son? muchacho, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

» Uno! ya ni uno queda. Se acabó. Etcheco-jauna, bien podéis volveros á vuestra casa con vuestro perro, abrazar á vuestra esposa y vuestros hijos, limpiar vuestras flechas, atarlas con vuestra bocina de asta de buey, y dormir encima. Por la noche vendrán las águilas á comerse estas carnes destrozadas, y todos esos huesos blanquearán para siempre.»

Hállase en idioma éuskaro con el título de *Allabizaren cantúa* en la obra de M. Michel *Recueil' Chansons de Roland*, append. pág. 226, y en el *Journal de l'Institut historique*, tom. 1, pág. 176.

(1) Este deslinde de entrambas cuestiones no lo hemos visto en ninguno de nuestros historiadores; siendo él tan indispensable, que si en la de sucesión y organización del estado, Asturias vence á las demás provincias en certeza y aun en prioridad, en la de independencia del país compiten entre sí y son simultáneos todos los pueblos del Pirineo.

yor gloria y es el más espléndido comienzo de su posterior independencia política. Las peñas de Jaca y de Sobrarbe rechazaron constantemente los ejércitos sarracenos, y la continua alarma y las reiteradas correrías de los walíes fronteros de Zaragoza y Huesca contra ellas son un buen testimonio de cómo aquellos bravos montañeses aprovechaban toda ocasión propicia de hacer sentir á sus enemigos el peso de sus armas (1). Inútil es el afán de indagar el origen de este río en un manantial ya considerable y caudaloso: bástale á su renombre deberlo á cualesquiera fuenteillas, por muy oscuras, escondidas y humildes que broten en las más altas peñas, y presentarse al fin, reunidas sus aguas, imponente y poderoso á probar irrefragablemente su remoto nacimiento (2).

Si ya por la vecindad de Jaca y de Zaragoza hubo de ser muy difícil á los cristianos del Pirineo central ó aragonés adelantar la conquista del país de sus mayores; Cataluña, que cargó con el mayor peso y estrago de la entrada de los sarracenos, parece debió descaecer de todo punto. Ella á la verdad no gozó la ventaja de ser olvidada y pospuesta como la costa del mar cantábrico, que está dividida del resto de España y protegida por el antemural de sus montañas. Frontera de la última provincia goda, que más allá de la Península se ofrecía á los conquistadores, al punto fué fortificada en muchas partes, y por lo mismo debió de ser más atendida y sufrir una ocupación más regularizada y constante. Era sobrado notorio el instinto militar de los invasores para que no aprovecharan esa línea de plazas fortísimas, que escalonándose sobre la antigua carretera del Imperio les abrían á su placer la puerta de entrada y retirada de la Galia Goda; y la historia dice con cuánta frecuencia fué esta porción de Cataluña atravesada por los formidables ejérci-

(1) CONDE, cap. 21 de la segunda Parte.

(2) El principal argumento que debieran aducir los historiadores de los reinos de Aragón y Navarra es que, pues se presentó en el siglo x formado el reino y con monarca al frente, de una ú otra manera hubo de comenzarse.

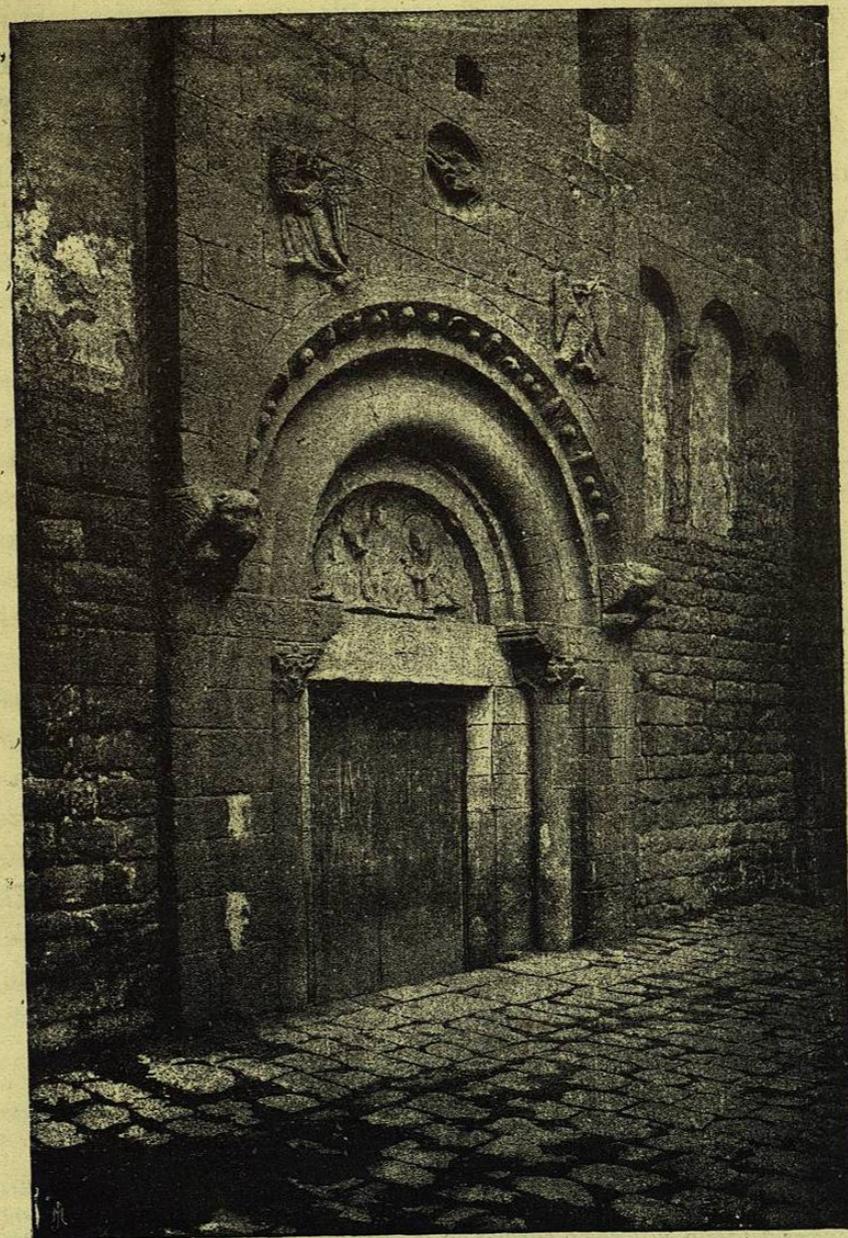
tos de creyentes, que marchaban á la Septimania deseosos del martirio ó sedientos de despojos. Pero el valor y la constancia de nuestros antepasados resplandecieron más y más á través y á pesar de tantas dificultades; y las mismas cumbres, que durante los primeros años de este siglo retumbaron al eco de las descargas del *miquelet* y del *somatén* (a) contra la usurpación francesa, también en el siglo VIII fueron asilo á los que prefirieron vivir duramente en medio de los rigores de la naturaleza á alternar con los enemigos del nombre de Jesucristo. Cuando esto no estuviera consignado en la historia, publicaríanlo bastantemente tantas poblaciones del interior, las cuales, por su resistencia heroica, los árabes, humanos con los que capitulaban, entregaron á las llamas: Urgel, Ausona, Egara, y Empuria destrozadas, las dos primeras hasta el punto de no merecer después, cuando su restauración, sino el nombre de calle (1). Mas subsisten testimonios más positivos y no menos gloriosos, aun sin contar con el breve tiempo que en Urgel y en Gerona señorearon los árabes. Si no se enderezó contra ellos, como es lo más probable, sino contra sus vecinos hermanos los aragoneses, la expedición que el caudillo Abd-el-Rahmán (b) tuvo que mandar desde Narbona y Cataluña á contener á los cristianos de aquellos Pirineos, alentados con la derrota de los árabes en Tolosa (721); suya fué incontestablemente toda la gloria en otra función, que qui-

(a) La ortografía propia de esta palabra es *sometent*, que alude al ruido con que se anuncian tales alzamientos (*metent só*).

(1) *Vicus Ausonæ, Vicus Urgelli*.

(b) En el reinado de este príncipe se verificó una nueva organización territorial de los dominios árabes en la península, quedando dividida en cinco regiones ó provincias; á saber: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Cataluña, que correspondía á la provincia de Sarkosta, tenía por aquel entonces, como á sus principales ciudades, á Tarkena (Tarragona) Tortoscha (Tortosa) Barschaluna (Barcelona) Djerunda (Gerona) y Lareda (Lérida), nombres que se leen en las crónicas árabes; en las cuales se dejan de mencionar las antiguas ciudades de Ausa y Egara, prueba evidente de la completa destrucción que sufrieron y del estado de ruina en que se hallaban.

Esta época marca el apogeo del dominio árabe, y el más alto esplendor de su civilización, pues aquel emir se dedicó especialmente á fomentar las obras públicas y á hacer prosperar las ciencias y las artes.



FACHADA DE SAN PABLO DEL CAMPO

zás haya de mirarse como el mayor de cuántos triunfos habían conseguido hasta entonces las armas cristianas. Mientras hervía en la Bética la discordia entre Yusuf y el recién venido Omíade Abd-el-Rahmán, llegó á tanto la osadía de los montañeses catalanes, que cortaron toda comunicación con Narbona (1). El walí de Barcelona Hussein-ben-Adedjam-el-Okaili destacó contra ellos una buena hueste, cuyo mando confió á su wazir ó teniente Soleimán-Ben-Schebab; y viniendo una y otros á las manos á 2 de setiembre de 756, quedaron la mayor parte de ella y su capitán en el campo de batalla, que fué en las angosturas del Pirineo. Esta derrota hubo de ser de tanta importancia, que turbó las alegrías que á los buenos muslimes había traído la pacificación de España y el ensalzamiento definitivo de Abd-el-Rahmán (2). Un solo nombre particular asoma durante este largo período, y también en esto los caudillos y reyes asturianos llevan la ventaja. Entre los preciosos códices de la Biblioteca del monasterio de Ripoll, el ilustre investigador Villanueva, no reemplazado todavía, descubrió uno que entre varios tratados contenía un cómputo cronológico; y en este por vía de ejemplo léanse las siguientes notables palabras: — « Desde la encarnación, empero, de N. S. Jesucristo hasta el presente año *primero de nuestro príncipe QUINTILIANO*, que es la Era LXX cuarta (*falta la nota DCC*), van DCCXXXVI años (3). » El cómputo exacto de la Era peculiar de nuestra nación, el citarse en otras partes del mismo códice cánones de los concilios de Tarragona y Toledo y pasajes de nuestros escritores eclesiás-

(1) La comunicación probada por la historia se realizaba por la vía de Cataluña: además, el ejército árabe derrotado procedía de Barcelona.

(2) CONDE, segunda parte, cap. 7.

(3) P. JAIME VILLANUEVA, *Viaje literario á las iglesias de España*, tomo VIII, pág. 45 y 47. — « Más detenida descripción merece un cod. en 4.º vit. (núm. 62) que es del siglo VIII, como además de la escritura lo muestran algunos de sus artículos. Contiene 1.º.....: 10 tabla de los años de las eras antiguas y vidas de patriarcas. Entre ellas se halla este curioso artículo: *Ab incarnatione autem Dñi. Jhñ. Xpi. usque in presentem primum Quintiliani principis annum, qui est Era LXX quarta, (falta la nota DCC.) sunt anni DCC. XXX. VI.* »

ticos prueban que se escribió en España; y el carácter de su letra, en sentir de su descubridor igual á las escrituras coetáneas de Urgel, induce á suponer que se trabajó en Cataluña (1). Muy posible es que el nombre de Quintiliano ó Quintilano no fuese sino el *Quintila* ó *Chintila* godolatinizado, lo cual confirmaría la conjetura de haberlo escrito uno de los monjes que acompañaron á nuestros mayores en las fragosidades del Pirineo. De todos modos este nombre de *Quintila* aparece en el Precepto que Carlomagno concedió á favor de los refugiados españoles en la Septimania, y ello es que sin cabeza mal podían aquellos cristianos regularizar la resistencia y alcanzar victorias tan cumplidas como la mencionada. Y pues la invasión sarracena no se generalizó ni encrudeció tanto por el interior de Cataluña en los primeros años como mucho después, cuando las victorias de los francos y de los indígenas la advirtieron de su peligro: ¿por qué no hemos de suponer que los pocos varones señalados por su alcurnia ó por sus hechos, que entre los montañeses hubiesen residido, tuvieron que ceder al torrente de la desgracia y buscar un asilo temporal en la Galia Gótica?

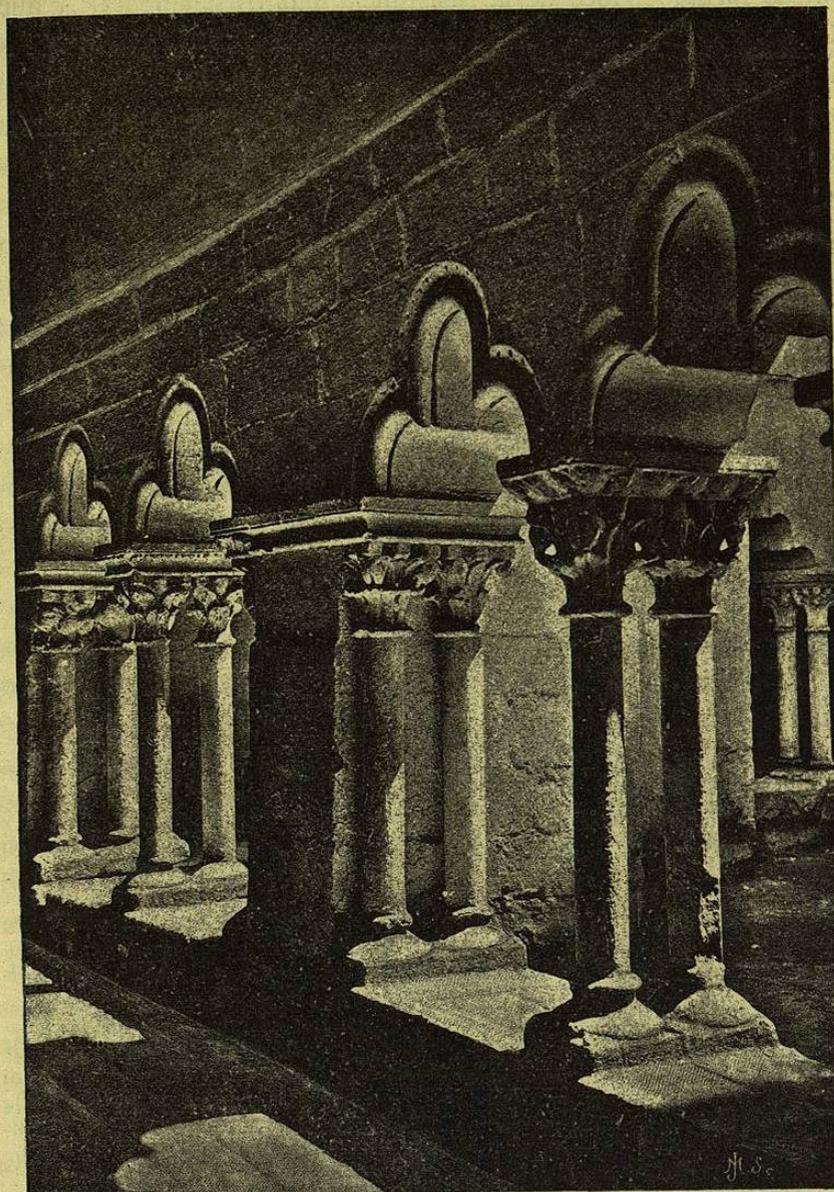
De esta manera los comienzos de la restauración española fueron poco menos que simultáneos en toda la línea de los Pirineos. Los que habitaban sus fríos barrancos y sus guájaras

(1) « De aquí se infiere que esta hoja y obrita (y por consiguiente todo lo anterior uniforme en la letra) se escribió el año 736, y que entonces poco más de 20 años de la invasión de los sarracenos, reinaba un príncipe *Quintiliano*, nombre tan semejante al *Quintila* ó *Chintila* de los Godos. Mas donde reinaba no es fácil averiguarlo, ni este códice ofrece rastro alguno del lugar donde se escribió. Sólo puedo decir que su carácter gótico cursivo es de la misma índole que el de las escrituras de este país (*Cataluña*) de fines del siglo VIII, que he visto en la Seo de Urgel. Por otra parte el códice está escrito conocidamente por un monje, cuya ocupación era de esta clase; y aunque no sepamos la existencia del monasterio de Ripoll en el año 736; mas es cierto que había otros en ese tiempo, y no pocos en estas faldas de Pirineos, algunos de los cuales andando el tiempo se incorporaron con este de Ripoll, y de ellos pudo venir aquí el códice con las demás escrituras de sus posesiones, y con otros libros, que aumentasen esta biblioteca. En suma los moros tardaron mucho á dominar estos montes, en los cuales como en Asturias pudieron recogerse algunos cristianos bajo la conducta de ese príncipe *Quintiliano* ó *Quintilano*. » — *Viaje literario*, tomo VIII, pág. 48.

inaccesibles, sentían á veces el daño de las espadas sarracenas; ora vencidos, ora vencedores, amparábanse de aquellas fortalezas naturales en que deponían toda su esperanza y que los árabes tuvieron en poco como guaridas de animales feroces; y acechando las diversas alternativas de los sucesos, ya se veían forzados á reconocer la soberanía arábica, ya descendían de las cumbres á protestar con sus armas que anteponían la pobreza, la desnudez y la vida más miserable á toda sombra de dependencia. La continua mención de expediciones musulmanas contra los Pirineos, sin que se particularicen los lugares, prueba al menos que los cristianos de estas montañas no fueron nunca verdaderamente avasallados.

Breve fué la emigración de los que de estas partes se refugiaron en la Galia Gótica; que reventando las ambiciones particulares en todas las provincias dominadas por los sarracenos, y agravándose sus bandos con las guerras y los odios de raza, al fin iban á facilitar á Cataluña la ocasión de librarse de su yugo. El desorden y la inobediencia al emir de Córdoba reinaban más que en ningunas otras en las plazas de la llamada España oriental; y parte codiciosos de mandar independientes en sus distritos, parte por afecto á la dinastía abásida ó por aversión á la omíada, parte temerosos de la pujanza franca siempre mayor, los wálies de ella comenzaron á dar el ejemplo de faltar á la fe jurada á su príncipe, arrimándose al poder de los descendientes de Carlos Martel que llenaban de sus hechos las opuestas fronteras de la Septimania.

En esta provincia, tan misteriosa como poco deslindada en lo que á esa época concierne, fué donde fermentaron los principales elementos para la reconquista de Cataluña. Refugio de los visigodos que huían de España, en particular de la tarraconesa, quedó allende el Pirineo entregada á sí misma como un resto de la monarquía, é indudablemente continuó regida por un duque y varios condes. Allí fué el postrer baluarte del imperio godo: todas las expediciones y el singular ahinco de los musul-



CLAUSTROS DE SAN PABLO

manes en concentrar sus fuerzas sobre el Afranc, convencen que allí se formó el foco de la resistencia más trascendental; y aun después de rendida y estragada por entrambas muchedumbres de infieles y cristianos del Norte, supo mantenerse con fuerzas bastantes á inclinar la balanza hacia la parte menos temible, oponerse y rechazar los ataques de los pueblos franco-germanos semi-bárbaros, y cuando le convino, entregárseles y echar á los sarracenos (1). Las victorias de Carlos Martel (2), si asolaron el país, enflaquecieron el poder de éstos y prepararon el levantamiento de romanos y godos ya hermanados contra los infieles; y al ceñirse Pipino la corona en 752, ya un señor godo llamado Ansemondo se había formado un estado compuesto de Nimes, Magalona, Agda y Beziers, y él y los otros condes vecinos habían crecido á ser capaces de resistir al poderoso duque de Aquitania y bastante considerables para ponerse voluntariamente bajo la protección del monarca franco (3). Tantas victorias, que redujeron el mando árabe en Septimania á una sombra y á sólo una semi-ocupación consentida de Narbona, y los preparativos de Pipino restituyeron el ardimiento á los cristianos del Pirineo

(1) La población de la Septimania se componía entonces de los primitivos indígenas ó Galos, Romanos y Godos, así como la de Provenza de Galos, Griegos y Romanos. Como porciones de las más civilizadas del Imperio, entrambas miraron al principio el dominio semi-bárbaro de Carlos Martel con el mismo pavor y aversión que les había inspirado á los galo-grecoromanos el de los visigodos, y por mucho tiempo prefirieron el gobierno suave de los sarracenos á la ferocidad de los francos. Á esto debieron los árabes el mantenerse en pocos puntos de la Septimania y en su cabeza Narbona, cuando ya no recibían ningún socorro de Córdoba.

(2) Contemporáneamente al primer sitio de Narbona por este caudillo, es decir por 737, fijan nuestros cronistas la fabulosa entrada de Otger Catalón y de sus nueve compañeros. Pero no es este el lugar de examinar esta falsa tradición: ni es en nosotros falta de respeto, pues hartos sabemos el que á todo lo de aquella época memorable es debido, y si Dios nos concede fuerzas y espacio, tal vez algún día y en otro libro procuraremos expresar una pequeña parte de la poesía que ella encierra (a).

(3) *Historia general del Languedoc*, tom. I, lib. VIII, pág. 412.

(a) Su prematura muerte no permitió á Piferrer realizar el plan que se proponía. Basta, no obstante, esta nota para acreditar su certeza crítica, pues los estudios posteriores han confirmado la opinión de falsa que se atribuye á la entrada de Otger Catalón y los nueve Barones de la Fama.

oriental, y encabezaron aquella serie de insurrecciones y movimientos de éstos y de los infieles que estaba prediciendo la próxima libertad de Cataluña.

El primero en quebrantar la fe debida á su emir fué Soleimán, walí de Barcelona y Gerona, las dos plazas más importantes de esta provincia, que ofreció á Pipino y por las cuales en 752 le prestó homenaje (1). Ardía entonces cual nunca en España el fuego de la guerra civil: Narbona apretada por las armas francas; las comarcas de Cataluña sobresaltadas, inquietas, revueltas. La dominación árabe había arraigado muy poco en ellas: por esto tal vez el walí frontero se sometía al de Francia. Sin duda era este mismo Soleimán quien gobernando aquellas plazas prestó después en 775 tan señalados servicios á Abd-el-Rahmán, que mereció ser ascendido á walí de Zaragoza, la más notable ciudad de toda la España oriental y la que daba nombre á todas estas regiones. ¿Cómo se explica tal ceguedad en el diestro emir de Córdoba, si no se la motiva en el desasosiego y grave contingencia, que la población de Cataluña alborotada con la vecindad y sucesos de las armas francas presentaba? Lícito es creer que ese walí debió de exponer al emir su falta como aparente y cual acertado golpe de política para contemporizar con la turbación é inseguridad de la tierra; y á la verdad la conducta de sus sucesores casi no da margen á otra más válida conjetura.

Poco después, en 759, los habitantes de Narbona, cansados de tantos años de bloqueo y asaltos, convinieron con los francos en que si les entregaban la plaza continuarían gobernándose por sus antiguas leyes y costumbres; y trabando combate con la guarnición árabe la pasaron toda á cuchillo y abrieron las puertas á los sitiadores: con lo cual acabó de evidenciarse cuánta fué la pujanza de aquella provincia. Mas su voluntaria

(1) *Annales Francorum Metenses*.—Véase el APÉNDICE Número 6, letra A, en el cual presentamos reunidos todos los textos de las crónicas francas que son el fundamento de esta porción de nuestra historia.